

Líneas de interpretación del “caso Wagner” *

J. M. ÁLVAREZ

Psicoanalista. Doctor en Psicología
Hospital Psiquiátrico Dr. Villacian. Valladolid

Resumen

Lamentablemente poco conocido en nuestro pequeño mundo de la psicopatología, el “caso Wagner”, de Robert Gaupp, nos permite adentrarnos en la infraestructura psicológica de un tipo de psicosis paranoica caracterizada por la sistematización del acto criminal, más que por la edificación de un sistema delirante perfectamente trabado. Con motivo de la reciente traducción española de la excelente monografía de Gaupp *Zür Psychologie des Massenmords. Hauptlehrer Wagner von Degerloch (1914)*, se analizan los avatares del drama interior de este asesino paranoico siguiendo las numerosas publicaciones del Prof. Gaupp, y se perfila, además, otra posible interpretación: la ejecución del acto criminal no fue la consecuencia del delirio, sino, por el contrario, la ausencia de un delirio capaz de demorarla indefinidamente.

Palabras clave: E. Wagner, R. Gaupp. Paranoia. Delirio. Pasaje al acto. Responsabilidad del psicótico. Funciones de la escritura.

Summary

Interpretations of the Wagner case. Unfortunately little-known in our small world of psychopathology, Robert Gaupp's “Wagner Case” enables us to penetrate the psychological structure of a type of paranoid psychosis characterised by the systematisation of the criminal act rather than by the construction of a perfectly designed system of delirium. With the recent

*Spanish translation of Gaupp's excellent monograph *Zür Psychologie des Massenmords. Hauptlehrer Wagner von Degerloch (1914)*, an analysis is made of the vicissitudes of the interior drama of this paranoid murderer, following Professor Gaupp's many publications, while also outlining another possible interpretation, to the effect that performance of the criminal act was not the consequence of the delirium but rather, on the contrary, of the absence of a delirium capable of delaying it indefinitely.*

Key words: E. Wagner, R. Gaupp. Paranoia. Delirium. Passage to the Act. The Psychotic's Responsibility. Writing functions.

Résumé

Lignes d'interprétation du “cas Wagner”. Malheureusement peu connu dans notre petit monde de la psychopathologie, le “cas Wagner” de Robert Gaupp nous permet de pénétrer dans l'infrastructure psychologique d'un type de psychose paranoïaque davantage caractérisée par la systématisation de l'acte criminel que par l'édification d'un système délirant parfaitement engagé. Lors de la récente traduction espagnole de l'excellente monographie de Gaupp *Zür Psychologie des Massenmords. Hauptlehrer Wagner von Degerloch (1914)*, sont analysés les avatars du drame intérieur de cet assassin paranoïaque selon les nombreuses publications du Prof. Gaupp et de plus, une autre possible interprétation se profile: l'exécution de l'acte criminel ne fut pas la conséquence du délire mais au contraire l'absence d'un délire capable de retarder indéfiniment cette exécution.

Mots clés: E. Wagner, R. Gaupp. Paranoïa. Délire. Passage à l'acte. Responsabilité du psychotique. Fonctions de l'écriture.

* Este artículo aparece como introducción en *El caso Wagner*, de Robert Gaupp, publicado por la Asociación Española de Neuropsiquiatría dentro de su colección *Historia* (1998;5).

Riassunto

Linee d'interpretazione del "caso Wagner". *Lamentevolmente poco conosciuto nel nostro piccolo mondo della psicopatologia, il "caso Wagner" di Robert Gaupp ci permette di addentrarci nell'infrastruttura psicologica di un tipo di psicosi paranoica caratterizzata dalla sistematizzazione dell'atto criminale più che dall'edificazione di un sistema delirante perfettamente connesso. Con motivo della recente traduzione spagnola dell'eccellente monografia di Gaupp Zür Psychologie des Massenmords. Hauptlehrer Wagner von Degerloch (1914), si analizzano le trasformazioni del dramma interno di questo assassino paranoico seguendo le numerose pubblicazioni del Prof. Gaupp e si profila inoltre un'altra possibile interpretazione: l'esecuzione dell'atto criminale non fu la conseguenza del delirio, ma al contrario, l'assenza di un delirio capace di ritardarla indefinitivamente.*

Parole chiave: E. Wagner, R. Gaupp. Paranoia. Delirio. Passaggio all'atto. Responsabilità dello psicotico. Funzioni della scrittura.

Robert Gaupp y el maestro Ernst Wagner

Horror, simple y llanamente, horror. Esta sonora palabra se basta por sí misma para condensar el estremecimiento que nos embarga cuando evocamos la historia del asesino, pirómano, paranoico y dramaturgo Erns Wagner. Lamentablemente poco conocido en el ámbito psicopatológico, incluso para los autores germanoparlantes, este caso contiene los argumentos esenciales para la investigación de una forma paradigmática de la paranoia en la que, más que la usual edificación de un sistema delirante perfectamente trabado, nos hallamos ante la sistematización de un pasaje al acto criminal. En tal sentido, sus crímenes, "libremente" cometidos, fueron -según sus propias palabras- "la obra de mi vida"^a. Los testimonios escritos del propio Wagner y la minuciosa construcción trenzada por Gaupp, nos inducen a interrogarnos sobre todos esos aspectos insoslayables que palpan tras las corazas de este sujeto paranoico: la lógica interna de esta forma de psicosis, que busca su estabilización por medio del asesinato y el incendio, la articulación de rasgos melancólicos dentro de una retícula estrictamente paranoica, el problema de la respon-

sabilidad del sujeto psicótico, el valor de la escritura en la economía y la dinámica de la locura, el estatuto de la certeza en tanto matriz del conjunto de las manifestaciones clínicas, y el papel de la significación personal mórbida (*krankhafte Eigenbeziehung*) como el fenómeno por excelencia de la paranoia.

El magisterio de Wagner encontró en Gaupp, como Schreber lo había hecho con Freud unos años antes, a un clínico ávido de oír y leer directamente el lenguaje de la locura. Gaupp, como Freud, elevó su caso *princeps* al rango de paradigma de un tipo clínico de locura. Y fue así como pudo abandonar el caudal sempiterno del discurso psiquiátrico, más acostumbrado a establecer las formas clínicas mediante la acumulación de coincidencias de un buen número de casos^{b,1}. Tal como recordó hace unos años el hijo de Gaupp, su padre siempre había considerado el estudio de la paranoia como uno de los temas centrales de la psiquiatría²; su encuentro con Wagner, en ese sentido, le permitió desenmascarar gran parte de la dinámica psicológica en juego y descubrir los hilos que conducen desde la personalidad sana a la enfermedad^{3,4}.

Robert Gaupp (1870-1953), natural de Neuenburg (Württemberg), fue el introductor en la psiquiatría alemana de la orientación pluridisciplinar; no en vano había sido alumno de K. Wernicke, en Breslau, y colaborador de E. Kraepelin, en Heidelberg y Munich, logrando así articular una orientación localizacionista con otra nosológica y clínica. El conjunto de sus numerosos estudios sobre la paranoia representaron, en su tiempo, el más consistente de los argumentos en favor de considerar dentro del terreno legítimo de la paranoia a las formas agudas y abortivas o curables. De este modo, dichas contribuciones se enmarcaron y comandaron la más fructífera oposición a las tesis propaladas por Emil Kraepelin, sin duda, las admitidas por la mayoría de psiquiatras. Asimismo, se mostró en franca disconformidad con la inclusión de muchas formas de

^a Ahí radica uno de sus elementos más singulares que lo diferencian así del más afamado y sagaz profesor de psicosis que conocemos, el juez Dr. Paul Schreber y sus *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken* (*Hechos dignos de ser recordados de un enfermo de los nervios*). Tanto Schreber como Wagner se sirvieron del recurso de la escritura, pero mientras toda la psicosis del primero se erige sobre el trabajo de edificación de un delirio cuyas miras apuntan a una estabilización, Wagner sólo lograría un cierto apaciguamiento tras la comisión de los crímenes.

^b Una de las razones argüidas por Neuzner para explicar el silencio psicopatológico que ha rodeado al caso Wagner fue, precisamente, ésta: "...el hecho de que la investigación de un caso individual perdiera desde entonces la significación en la psiquiatría científica".

psicosis, clasificadas desde antiguo en el marco de la paranoia, dentro de la, por entonces, incipiente esquizofrenia. Todas estas consideraciones nosológicas hallaron en el caso Wagner su comprobación definitiva. Fue precisamente en el terreno de las formaciones delirantes donde la obra de Gaupp cuajó las contribuciones más apasionantes e innovadoras. Y lo hizo, como acaba de apuntarse, a contrapelo de las corrientes psiquiátricas más pujantes en su época y de las orientaciones más extendidas en los ambientes universitarios, pues manifestó la más férrea de las oposiciones ante la visión generalizada de la psicosis como un proceso incomprensible e insistió sobremanera en el hecho de que la relación con el psicótico podía manifestarse dentro de las lindes de la empatía. En su opinión, era perfectamente posible desentrañar la articulación existente entre la historia del sujeto y las características propias desarrolladas en el curso de la psicosis. Desde sus primeros trabajos sobre la paranoia^{c,5}, resaltó nuestro autor el papel decisivo que juega la disposición caracterial en la edificación del delirio. A su juicio, dicha disposición paranoico-depresiva evidenciaba unos rasgos marcadamente psicasténicos. A tenor de lo ya apuntado, para Gaupp la paranoia definía un tipo especial de psicosis de origen psicogenético cuyo desarrollo es perfectamente comprensible.

Muchos de los pacientes de los que escribió eran sujetos instruidos, de mediana edad, afables, modestos, concienzudos y sumamente escrupulosos, que carecían de combatividad y sobrevaloración^d. Destacó, además,

^c Los artículos dedicados al caso Wagner se irán citando paulatinamente a lo largo de este texto.

^d Adviértase la contraposición notable que se establece entre los rasgos caracteriales de los paranoicos, descritos por Gaupp y, también, por su alumno Kretschmer, con los presuntuosos suspicaces retratados por Genil-Perrin y los autores franceses.

^e Fue precisamente en Breslau, donde Gaupp se formó en neuropsiquiatría con Wernicke, el lugar en el que Neisser impartió su conferencia sobre la *Eigenbeziehung* (significación personal o autorreferencia).

^f En la epicrisis del caso, publicada por Gaupp en 1938, se adjuntan tres fotografías de Wagner tomadas en sendos períodos críticos de su vida: la primera, que data de 1909, nos muestra al atildado maestro elegantemente vestido y con algunos kilos de más; la segunda retrata a Wagner, prematuramente envejecido, vestido de presidiario, en diciembre de 1913; la última de la serie, realizada en el manicomio de Winnental, en 1934, resulta, cuando menos, impactante: tocado con sombrero de amplia ala, tras ese rostro endurecido se dibuja una sonrisa acartonada y destella una mirada difícil de olvidar. Él mismo habló de su mirada, calificándola de "turbia", poco antes del pasaje al acto. Sobre el mismo particular, las palabras del director de escuela de Degerloch son inequívocas: "Algo siniestramente misterioso y enigmático refulgía en su mirada, que era imposible sostener mucho rato".

la actitud siempre presente en el enfermo de relacionar todo cuanto ocurre consigo mismo, como lo había remarcado ya suficientemente Clemens Neisser^{e,6}, y alabó el rigor ético y la confianza que depositan en el clínico que los atiende. Bien es cierto, que la obra de Gaupp no ha alcanzado en nuestro medio el reconocimiento que atesora; empero, ha sido a través de la descripción que su alumno E. Kretschmer realizara del delirio de relación sensitivo como la obra de Gaupp ha prevalecido hasta nuestros días.

Cuando a finales de 1913, se inició el proceso penal contra E. Wagner, el Prof. Robert Gaupp fue llamado como experto para dictaminar sobre el posible trastorno mental del asesino y pirómano. Fue en la clínica de Tubinga donde Gaupp se encontró con ese hombre de mediana estatura, aún magullado y al que acababan de amputar el antebrazo izquierdo, cuyos ojos, de un inquietante tono lapislázuli, volvería a reencontrar con el paso de los años un buen número de veces en el manicomio de Winnental^{f,7}. Allí escuchó por primera vez esa historia terrible que, en el futuro, ya no cejaría de pretender desentrañar.

El acto sistematizado, sus motivos y el alegato en favor de la responsabilidad

El relato detallado de los hechos criminales que Wagner realizó a lo largo de la madrugada del 3 al 4 de septiembre de 1913, en Degerloch, y de la noche siguiente en Mühlhausen, podrá seguirse en las primeras páginas de la monografía que presentamos. Advertiremos, únicamente, que los tres actos del plan criminal habían sido minuciosamente calculados desde, al menos, cuatro años antes, como prueban las cartas enviadas desde Großsachsenheim el día 4 de ese trágico septiembre^{g,8,h}. Asesinados sus cuatro hijos y su

^g Hacia finales de agosto de 1913, Wagner empaquetó sus escritos y redactó una decena de cartas que no echaría al buzón de Großsachsenheim hasta después de haber asesinado a su familia y encaminarse hacia Mühlhausen para proseguir su venganza. Gran parte de dichas misivas tienen por objeto despedirse; otra está dirigida a la Caja de pensiones de Stuttgart, a fin de disponer el reparto de las primas de un seguro; otra, al desconocido Profesor X. para solicitarle la publicación de sus obras; y dos al rotativo *Neues Tageblatt*. Una de estas últimas contiene algunos pasajes de una enjundia tal, que es necesario consignar: "...si hago abstracción de lo sexual, soy de lejos el mejor de los hombres que he conocido... A los niños nunca quise tenerlos, no quería tener ni uno sólo. Cuando pienso que algún día hubiera podido irles la mitad de mal que a mí, considero que muertos están perfectamente protegidos y a buen recaudo".

^h En adelante, las abundantes citas correspondientes a esta reciente traducción, se consignarán únicamente indicando la página entre corchetes.

mujerⁱ, ejecutada en parte su venganza sobre el pueblo de Mühlhausen y sus habitantes varones, Wagner fue detenido merced a la intervención de unos valientes vecinos; el tercero de los actos programados, que incluía su propio suicidio, no llegaría jamás a realizarse. Cuando el 6 de septiembre el juez lo interrogó, Wagner confesó sin ambages que en su propósito también estaba el haber asesinado a la familia de su hermano y, finalmente, arder entre las llamas del Palacio de Ludwigsburg. Con un tono sorprendentemente sosegado^j, informó, asimismo, de los detalles de todos sus crímenes y del contenido de las cartas recientemente enviadas. En éstas se exponían, amén de ciertas disposiciones y despedidas, los motivos de su acto: continuos remordimientos y alusiones relativos a “una serie de delitos de zoofilia que se remontaban a doce años atrás”. A la vista de tales declaraciones, el juez dictaminó su traslado a la prisión de Heilbronn, al tiempo que ordenó desplegar una muy minuciosa instrucción. Tras colegirse la posible existencia de una enfermedad mental se procedió a su ingreso en la Clínica Real para tratamiento de enfermedades mentales y nerviosas de Tubinga, a fin de realizar un estudio psiquiátrico. Tal misión le fue encomendada a Robert Gaupp, uno de los expertos más renombrados de la zona, quien procedió a examinarlo a lo largo de trece días, antes de ser nuevamente remitido a la prisión. El informe y las conclusiones periciales de Gaupp, convertidos a la postre en su notable monografía *Zur Psychologie des Massenmords. Hauptlehrer Wagner von Degerloch*, determinaron el sobreseimiento del proceso penal, pues se declaró al maestro titular Wagner irresponsable de sus actos criminales (además de su propia familia, nueve personas muertas en Mühlhausen, once heridas y numerosos incendios). Tras la conclusión de este largo proceso, Wagner fue ingresado de por vida en el manicomio de Winnental^k, en febrero de 1914.

Los motivos argüidos para justificar tan atroces crímenes seguían, como era de esperar, esa lógica tan impla-

cable como terrible que caracteriza el rigor del paranoico. Desde el primer momento reconoció Wagner que el asesinato de su familia había estado determinado por la piedad y la compasión^l, mientras que los incendios y los asesinatos de Mühlhausen (“el pueblo causante de mi desgracia”), habían estado engendrados por el odio y la venganza, ya que había sido allí donde había cometido sus “delitos sexuales” y donde habían comenzado las “difamaciones”. Con el correr de los años, el maestro Wagner reblandeció su odio hacia los habitantes de Mühlhausen, llegándose a cuestionar, incluso, la pertinencia de su venganza; pero jamás se arrepintió lo más mínimo de haber asesinado a sus propios hijos: “Mi estado anímico ha mejorado considerablemente -escribió el propio Wagner en 1919-. Si estuviera en mis manos, haría revivir a los vecinos de Mühlhausen que he matado. Pero mis hijos deberían permanecer muertos. Ya me produce un gran dolor pensar que podrían sufrir, aunque sólo fuera una mínima parte de lo que he sufrido yo (...) Hoy por hoy, no hay nadie que compadezca más a las víctimas de Mühlhausen que yo mismo. Pero la muerte de mi familia sigue siendo, hasta hoy, el mayor consuelo para mi miseria. Mis hijos eran como yo, así que ¿qué podrían esperar de la vida?”^{10,m,11}. Wagner justificó el ignominioso imperativo del asesinato de sus descendientes alegando ese miedo tan inveterado como persistente: que ellos hubieran podido heredar las mismas “tendencias inmorales”, incluso bajo una forma más abyecta y aberrante aun, pues “yo mismo y toda mi familia éramos, a mi juicio, gente degenerada” [p. 190] e “ir contra natura era el más grande de los crímenes” [p. 168]. Inmediatamente a la comisión de los crímenes, ese hombre prematuramente envejecido por el tormento de la autorreferencia y la sed de venganza, experimentó un apaciguamiento generalizado. Mientras estuvo en observación en la clínica de Tubinga, acostumbraba a pasear por el jardín y jamás se quejó de la comida ni de los reglamentos internos; su trato con los médicos y enfermeros fue siempre respetuoso y educado. Tenía para ello una buena razón, dado que el acto había silenciado su pulsión sexual: se sentía puro, “totalmente

ⁱ Todos los testimonios coinciden en señalar que Wagner trataba con mucho cariño a sus hijos, aunque él siempre reconoció que nunca hubiera querido tener descendencia, por ser una carga y un límite a sus ambiciosos planes literarios. A su mujer, en cambio, únicamente la respetaba, y si se había casado con ella no había sido por otra cosa que merced a una “elección forzosa”, pues la había dejado embarazada y no contaba con dinero suficiente para compensarla económicamente.

^j En su artículo sobre la importancia científica del caso Wagner, Gaupp matizó que el juez “vio en Wagner un hombre triste, cortés, sin rastro de la anterior brutalidad”.

^k “Wagner no es ningún delincuente brutal, sino un hombre enfermo que sólo era peligroso para los otros a causa de su enfermedad”.

^l Respecto al asecinado de su propia familia, Wagner arguyó siempre el mismo motivo: “... pues quería salvarlos del desprecio que los delitos cometidos por su padre pudieran suscitar entre la gente. La idea de matar también a mi esposa me vino mucho más tarde, ya que mis hijos están más cerca de mí que de mi mujer. Luego incluí a Mühlhausen en mi proyecto criminal, porque fue allí donde cometí mis delitos” [p. 156].

^m Las páginas citadas podrán leerse en la traducción castellana: “El caso Wagner. Una catamnesis, a la vez que aportación, a la enseñanza de la paranoia” (1920).

puro", y aunque siempre había reconocido estar dominado por un "impulso sexual muy poderoso", éste se "había apaciguado por completo a raíz de los asesinatos de Mühlhausen" [p. 168]; Wagner se aproximaba así a lo que consideraba su ideal de pureza, bondad, modestia e independencia. Al mismo tiempo, su odio también se había disipado y contemplaba sus crímenes con cierta apatía.

De un modo similar al neurólogo desculpabilizador consultado por Wagner a raíz de los tormentos que emergieron con el onanismo, también Robert Gaupp dictaminó la "irresponsabilidad" de este hombre que se llamaba a sí mismo "salvador de los justos" y "ángel exterminador". Wagner, que estaba seguro de que iba a ser condenado a muerte, se mostró sumamente encolerizado con el psiquiatra tras conocer el resultado de su peritaje. Así se lo hizo saber en una carta, en la que, además, le advertía que le consideraba por ese motivo una de las personas a las que más odiaba. Se negó taxativamente a ser calificado como enfermo mental; es decir, a hacer responsable a su locura de sus actos criminales: "Y declaro que asumo por entero la responsabilidad prevista en el Código Penal y que me siento plenamente responsable" [p. 158]. La más mínima brizna de subjetividad quedaba anegada merced a esa consideración de "irresponsable" por paranoico. "En mayo de 1916 intentó obtener la reapertura del proceso. Elaboró un largo escrito dirigido a la Fiscalía del Estado en el que criticó acerbamente el dictamen elaborado por mí y Wollenberg, y seguía negándose a dar información alguna sobre el delito sexual cometido en Mühlhausen..."¹². ¿En qué se convertía ese acto sistematizado, esa "obra de mi vida", si él era legalmente considerado "irresponsable"? Ésta es, precisamente, una de las enseñanzas mayores de este caso, que contrasta frontalmente con las visiones humanistas y desculpabilizadoras tan generalizadas en la clínica mental. Este tipo de visiones, sumidas en una aureola de equí-

voca compasión, anulan muchos de los posibles efectos terapéuticos que están implícitos en una sanción legal en toda regla; en este punto, la enseñanza de Wagner coincide plenamente, no sólo con el "caso Aimée", de Lacan, sino también con el del filósofo Louis Althusser, quien en un reciente alegato en favor de su responsabilidad criminal denunció la extrema ligereza en la que se incurre al atribuir a la enfermedad lo que es total competencia del sujeto^{n,13,n,14}.

La certeza delirante y la significación personal mórbida

El suabo Ernst Wagner había nacido en 1874 en Eglosheim, en el seno de una familia numerosa y campesina; Ernst era el noveno de diez hijos. A lo largo de su infancia se le conocía por "el chavalín de la viuda", ya que su padre^o había muerto cuando apenas contaba dos años. Su madre, una mujer frívola y promiscua, triste, pesimista y desconfiada, era propensa a los pleitos y litigios. Aunque Wagner se mostró recatado a la hora de culpar a sus antepasados, jamás dejó de reconocer que provenía de una "estirpe enfermiza".

Arrogante, pretencioso, culto, hermético, pesimista, fanático de la verdad y la justicia, y extremadamente fiel a la palabra dada, el joven Wagner se inició a los 18 años en el onanismo. La tristeza y la vergüenza lo acompañaron desde entonces; más aun, "todo el tiempo escuchaba alusiones" a su goce, pues "se me notaba". Subyugado por dichos tormentos se decidió a consultar a un neurólogo, quien pretendió sin ninguna efectividad librarlo de su culpa con palabras piadosas. A juzgar por sus escritos autobiográficos, dicha iniciación en la práctica masturbatoria marcó un corte decisivo en su acontecer vital. Pero lo más terrible estaba aún por llegar.

En julio de 1901 fue trasladado a Mühlhausen para continuar ejerciendo el magisterio. Y fue allí donde sus tormentos más horribles comenzaron. La vergüenza y las supuestas alusiones al onanismo dieron paso a "una serie de actos delictivos (relaciones sexuales con ani-

ⁿ El nombre de paranoia de autopunición que Lacan confirió al tipo de psicosis de Aimée, remarca, precisamente, el hecho clínico de la remisión sintomatológica inmediata a su confinamiento en la cárcel de San Lázaro: "...si la cárcel la había calmado, ahí estaba lo que ella había buscado realmente. Y, por tanto, le di a eso un nombre más bien raro y curioso: lo llamé "paranoia de autocastigo".

ⁿ Por su parte, la reivindicación realizada por Althusser respecto a su responsabilidad por haber estrangulado a su esposa Hélène, contiene los elementos necesarios para interrogarnos sobre "los efectos equívocos del mandamiento de no ha lugar del que me he beneficiado, sin poder, ni de hecho ni de derecho, oponerme a su procedimiento. Porque es bajo la losa sepulcral del no ha lugar, del silencio y de la muerte pública bajo la que me he visto obligado a sobrevivir y a aprender a vivir".

^o Wagner atribuía a la influencia de su padre su "degeneración". Su conocimiento personal fue muy escaso, pero del discurso de su madre se desprende que era una suerte que Jakob Wagner hubiera muerto tan pronto. Ernst Wagner escribió en su *Autobiografía*: "Muchas veces lo he maldecido por haberme traído al mundo. Pero para que no se anoten demasiadas deudas en su haber juzgando al palo por la astilla, quisiera decir que lo único malo que se comentaba de mi padre era: 'Jakob Wagner es un hombre presuntuoso y descontento, al que más le valdría ocuparse de las labores del campo que pasarse la vida bebiendo cerveza'. Que cada cual juzgue si éste es también mi caso" [p. 37].

males) de los que nadie se enteró por aquel entonces. (...) Según me confesó aquí en el hospital -prosigue Gaupp-, empezó a cometer esos actos delictivos unas semanas o meses después de su traslado a Mühlhausen, a altas horas de la noche, cuando volvía del mesón a su casa. Jamás confió a nadie los detalles de esas prácticas aberrantes” [p. 53]^p. Al mismo tiempo que frecuentaba los establos, bebido (“para huir de mi propia compañía”), empezó a coquetear con la hija del mesonero S. Cuando se supo que la joven Anna estaba embarazada, los superiores del maestro decidieron su presto traslado a Radelstetten, donde permanecería hasta mayo de 1912. Empero, aunque se vio obligado a poner tierra de por medio, la significación personal mórbida (*krankhafte Eigenbeziehung*), en forma de ocasionales alucinaciones (“palabras que no pienso repetir”) y continuas “habladurías” que apuntaban al corazón de sus prácticas de bestialismo, jamás le abandonaría por completo. Una vez realizado el acto sistematizado se produjo una remisión de las autorreferencias; en el manicomio, algunos enfermeros imitaban voces de animales^{q,15} y se veía expuesto a pullas y vejaciones. Hasta el momento de su detención se hacía acompañar de un pequeño revólver, siempre cargado, pues en caso de ser descubiertas tan abyectas prácticas se habría suicidado al instante. Ésa fue la primera salida que encontró, el suicidio, pero nunca lo llegó a consumir por cobardía^r. La otra imperdonable salida ya la conocemos: arrasar el linaje de los Wagner, incendiar el lugar donde había cometido sus “delitos” para borrarlo de la memoria y vengarse de quienes se mofaban de su indignidad. En nuestra consideración, toda la locura paranoica del maestro Wagner dimana de una certeza pulsional: “Soy zoofílico” (*Ich bin Sodomit*)^s. Ésa es la gran confesión realizada tras cometer los actos criminales. El reconocimiento de dicha certeza se le presentaba endofásicamente en la forma pertinaz del autorreproche y la culpa, lo que se plasmaba clínicamente en un humor de

^p A lo largo del proceso judicial, la mayoría de los testigos consultados negaron tener conocimiento o suposición de las prácticas de bestialismo aludidas por el maestro Wagner; todos ellos negaron, no obstante, las supuestas burlas y alusiones. Existen, asimismo, contados testimonios que coinciden en señalar que los trajes del maestro presentaban, en ocasiones, pelos y bosta de vaca en la parte delantera de los pantalones. A tenor de estas últimas declaraciones, Gaupp coligió que “cabe suponer que se trataba de relaciones con vacas, bueyes o terneras” [p. 56].

^q Pocas semanas después de que Wagner cometiera sus crímenes e incendios, Bernhard Waag redactó un extenso artículo sobre dichos sucesos, en el que nos informa de los nombres de dos de las posadas incendiadas: “El Águila” y “El Buey”. Es menester tener en cuenta este dato, toda vez que conocemos la trama autorreferencial zoofílica que está en la base del acto sistematizado.

tipo depresivo y un carácter ocasionalmente asténico y pusilánime; sin embargo, la dimensión propiamente paranoica de dicha certeza, la que más le atormentaba y le empujó al acto, era, precisamente, la que experimentaba en esa singular forma de alusiones que los otros le dirigían. Ya “al día siguiente” de cometer sus “delitos” zoofílicos, comenzaron las autorreferencias y los comentarios dirigidos a él, aunque su nombre no se pronunciaba abiertamente al inicio. Pero “la cosa llegó a tal extremo que, en cuanto se reunían dos, yo era el tercero del cual se hablaba. La verdad es que el aire debió de espesarse tanto con mi nombre que hasta hubiera podido ensacarlo” [p. 133]. Las alusiones y difamaciones provenían únicamente de los hombres, razón por la cual Wagner sólo se lamentó de las muertes de personas de sexo femenino.

La obra dramática, la Autobiografía y el delirio de ser plagiado

Wagner fue, como cualquier psicótico, proclive a la escritura. Su inconsciente “a cielo abierto”, como se nos acostumbra a repetir a propósito del loco, alcanza a lo largo de sus numerosas obras dramáticas una expresión aleccionadora: “todo cuanto he escrito -anotó en *El nazareno*- versa sobre mí mismo”. Pero el más contundente y diáfano de todos los escritos surgidos de su pluma es, sin duda, la *Autobiografía*. A lo largo de las tres partes que la componen se puede seguir paso a paso el itinerario de su trágica vida, así como la gestación y la planificación minuciosa de sus actos criminales. La primera parte fue escrita en Radelstetten, en el otoño de 1909; la segunda se concluyó en 1911, y la tercera (“Los paseos por Stuttgart”) fue redactada en el período de Degerloch y terminada pocos días antes del pasaje al acto. Las páginas dedicadas a la premeditación sisemática de los crímenes impresionan por esa

^r Tal como relata en su *Autobiografía*, Wagner viajó por segunda vez a Suiza en 1904, con el único propósito de matarse, pero, lamentablemente, su cobardía se lo impidió: “Me hallaba, pues, al borde del abismo y me apostrofé en los siguientes términos: ¡Eres un cobarde, de lo contrario ya hace rato que estarías destrozado en las vías del tren!; (...)” [p. 68].

^s El sustantivo *die Sodomie* nombraba en la literatura psiquiátrica de la época, tanto las prácticas perversas de la zoofilia como la homosexualidad (*Homosexualität*). Algunos errores de traducción han conformado interpretaciones sesgadas relativas a la supuesta homosexualidad de Wagner. Nada más lejos de los datos aportados por el propio asesino paranoico y por los informes de Robert Gaupp: “La homosexualidad le resultaba totalmente extraña y jamás lo había atraído” [p. 168].

mezcla de horror y ardor que "embriagaba" a su autor más que la cerveza misma, a la que tanto se entregaba al caer el día para ensordecer sus tormentos^t.

El hecho del aplazamiento de la ejecución de sus crímenes durante más de cuatro años, parece obedecer a esa completa dedicación a la escritura, forma bien real de construirse una historia subjetiva y de desplazar esa extrema condensación de goce depositado en el acto homicida y suicida. Embebido en recrear literariamente los futuros crímenes, en teorizar la redención a través de la muerte o justificar el asesinato por amor, abortó mientras pudo en el uso de la palabra, Wagner logró demorar su ejecución; nada nos extraña, en ese sentido, que ésta se produjera tras un intenso período creativo y pocos días después de concluir su *Autobiografía*^u.

Wagner, ese siniestro maestro que se expresaba en un "alemán literario", se tuvo también en alta estima como escritor: "Yo soy el más grande dramaturgo contemporáneo", sentenció tras presenciar la representación de un drama de Schiller. No contento con ridiculizar a los autores alemanes contemporáneos, se jactaba de ser, junto con Schiller y Zeppelin, uno de los tres suabos más ilustres; sus piezas dramáticas, en cambio, fueron sistemáticamente rechazadas por los editores a quienes se las envió y, al parecer, sólo el guarda forestal S. parecía gustar de ellas. Gaupp, no obstante, prestó un especial interés a dichas creaciones poéticas, pero lo hizo a través de un sesgo que nos parece demasiado parcial: "Por mi parte, me fijaré únicamente en estudiar detalladamente en qué medida la enfermedad mental puede orientar la actividad intelectual de un individuo encaminada hacia la creación literaria y jugar un papel decisivo en el contenido y en la forma de dichas pro-

ducciones"¹⁶. La función del escrito y su valor dentro de la economía y la dinámica de la psicosis permanecen, lamentablemente, al margen de este tipo de estudios, y lo mismo puede decirse de toda consideración sobre el lugar en la transferencia que Wagner había asignado a su psiquiatra^v. Sin embargo, Robert Gaupp se percató inmediatamente de cuanto Wagner había transferido de su miseria interior a los infatuados personajes de su ficción. En este sentido, el análisis que Gaupp realizó del drama en tres actos *Whan (König Ludwig II von Bayern)* ("Delirio. Luis II, rey de Baviera"), escrito en 1921 y dedicado a Luis II, nos muestra con claridad las opiniones del propio Wagner sobre la locura, su propia locura, valiéndose de las palabras del médico real von Gudden: es probablemente "incurable"; además, "la psiquiatría sabe poco, y lo poco que sabe no es seguro"; es, sin ningún género de duda, hereditaria ("la maldición de la herencia"). Wagner, tras reconocer abiertamente haber "transferido mi insignificante situación sobre la gran situación del rey", añadiría aun que la única grandeza de ese rey había consistido en su propio delirio y que sin el delirio no habría sido nadie¹⁷. Con estas palabras, este asesino loco abunda en ese hecho tan conocido del amor y del apego del psicótico a su delirio, tal como Freud repetidamente había señalado.

Pero, por más que Wagner escribiera sobre el delirio y su propia locura hubiera remitido notablemente, un nuevo incidente precipitó -ahora sí- un trabajo delirante, mucho más sistematizado que la trama autorreferencial que se ha descrito. Sucedió que al leer el drama *Schweiger*, de Franz Werfel, estrenado en enero de 1923, en Stuttgart, y cuya temática se ocupa, asimismo, de la enfermedad mental, Wagner encontró demasiados paralelismo con su obra reciente, *Wahn*. Desde la soledad de su celda del manicomio, Wagner "transformó poco a poco esta contingencia" en certeza: Werfel le había plagiado. Más aún, sin evidencia alguna, Wagner comenzó a creer que éste era judío, que los editores que rechazaron su drama también lo eran¹⁶. Fue así como trabó un auténtico delirio de persecución ("un nuevo delirio", escribió Gaupp), por parte de los judíos; pero, en esta ocasión, la respuesta a esa certeza de haber sido plagiado tomó, por fortuna, la senda de la edificación delirante, y no la del pasaje al acto. Fue así, como se vio empujado al trabajo delirante de la purificación de la literatura alemana de las nefandas influencias judías. Esta localización del perseguidor le permitió tomar una distancia adecuada y una templanza de la que en otro tiempo había carecido, planeando una futura vida anónima y calmada en alguna ciudad en la que ya no llamara la atención de nadie. Sus días transcurrieron, empero, sin demasiados sobresaltos en el manicomio

^t "Con la mano, el puño, el pie y el codo. La porra y el mazo son mis armas, el puñal, la espada, la pistola y cualquier artefacto mortal que escupa fuego. La naturaleza de mi guadaña los irá segando como briznas de hierba [p. 106].

^u Además de concluir su *Autobiografía*, en los dos años que precedieron a la realización de su plan criminal, Wagner escribió cinco obras: *Joab*, *Absalon*, *La nueva ortografía*, *El suboficial maestro de escuela* y *El Nazareno*. Con anterioridad, *Nerón*, *El viejo Jehová*, *Imágenes de la Roma antigua* y *David y Saúl*, habían sido algunos de los títulos de sus dramas.

^v Sobre este particular, resulta de suma utilidad analizar la relación entre el médico von Gudden y Luis II de Baviera, tal y como fue plasmada en el drama *Wahn*. En su conjunto, los trabajos que Gaupp dedicó a Wagner adolecen de prestar atención a la transferencia. Este punto ciego de su concepción le llevó, sin un cálculo previo de los posibles efectos, a presentar personalmente a Wagner ante la curiosa concurrencia del Congreso de Psiquiatría celebrado en Tubinga en 1932.

de Winnental, entregado como siempre a la creación de nuevos dramas; sólo la muerte, sobrevenida el 27 de abril de 1938, logró poner fin a su delirio de ser plagiado^{w,18}.

A lo largo de los 25 años que Gaupp siguió de cerca la evolución benigna de Wagner, su diagnóstico siempre fue el mismo: paranoia o *Verrücktheit*^{x,19}. Gaupp atinó con destreza a situar la edificación de este “delirio crónico y sistematizado” a partir de los sentimientos de culpa y la mala conciencia; de ellos emerge, a la postre y para siempre, el síntoma cardinal de la paranoia, la significación personal mórbida como “proyección hacia afuera” de la angustia y los remordimientos que lo atormentaban. Wagner mismo nos proporcionó en 1920 la definición más ajustada del delirio de referencia que hemos hallado hasta la fecha: “*Puede haber interpretado ciertas conversaciones en este sentido, porque existen casualidades y no-relaciones que, añadiendo circunstancias muy especiales, se comportan como propósitos y finalidades. Nunca debería de haberlas interpretado así, de un modo absoluto e ineludible. Pero hay cosas que te llenan la cabeza y que gusta trasladarlas a las cabezas de los demás*”^{20,y}. A diferencia de las interpretaciones y construcciones desarrolladas por Gaupp, nos parece que Wagner no trenzó ningún delirio sistematizado hasta mucho tiempo después de su pasaje al acto; más que un delirio sistematizado se trata de un acto sistematizado y, quizás, de haberse entregado a la edificación de un delirio de ese tipo, su acto criminal se hubiera pospuesto indefinidamente. Mientras no logró separar el Otro y la pulsión, es decir, mientras no pudo localizar un perseguidor (Werfel y los judíos) fuera de su certeza pulsional (“Soy zoofílico”), Wagner permaneció encasquillado en esa trama de autorreferencias sobre su indignidad, pero sin poder dar ningún sentido ni explicación delirante a esa verdad absoluta e indeleble, que sólo pudo oír mediante las alusiones de sus convecinos varones.

^w Anne-Marie Vindras ha desarrollado un puñado de buenos argumentos para aclarar la fascinación de Wagner con el loco Schweiger, su hombre-espejo.

^x “Wagner sufrió una paranoia, en alemán una *Verrücktheit* (locura)”.

^y El subrayado es del propio Wagner.

Bibliografía

1. Navener B. Vorworth. En: Gaupp R. Hauptlehrer Wagner. Zür Psychologie des Massenmords. Frikenhausen: Sindlinger. Burchartz. 1996. p.6.
2. Gaupp R. Robert Gaupp (1870-1953). En: Hirsch SR y Schepherd M. Themes and variations in european psychiatry. An anthology. Bristol: John Wright & Sons Lts. 1974.
3. Berner P. R. Gaupp. En: Postel J y Quétel CL. Nouvelle histoire de la psychiatrie. Toulouse: Privat. 1983:637-683.
4. Leins C, Foerster K. Point de vue actuel sur Robert Gaupp. En: Vindras AM. Ernst Wagner, Robert Gaupp: un monstre et son psychiatre. París: E.P.E.L. 1996:389-398.
5. Gaupp R. Paranoische Verlagerung und abortive paranoia. Zentralbl Nervenheilk 1910; 21: 65-68.
6. Neisser CL. Erörterungen über die paranoia vom klinischen Standpunkte. Centralblatt für Nervenheilkunde und Psychiatrie 1892; Ene(III) 15: 1-20.
7. Gaupp R. Krankheit und Tod des paranoischen Massenmörders Hauptlehrer Wagner. Eine Epikrise. Zeitschrift für gesamte Neurologie und Psychiatrie 1939; 163: 48-82.
8. Gaupp R. El caso Wagner. Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría; 1998:150.
9. Gaupp R. Die wissenschaftliche Bedeutung des Falles Wagner. Münch med Wschr 1914; 61: 633-637.
10. Gaupp R. Der Fall Wagner. Eine katamnese, zugleich ein Beitrag zur Lehre von der paranoia. Zeitschrift für gesamte Neurologie und Psychiatrie 1920; 60: 312-327.
11. Gaupp R. El caso Wagner. Una catamnese, a la vez que una aportación a la enseñanza de la paranoia (1920). En: Álvarez JM, Colina F. Clásicos de la paranoia. Madrid: Dor; 1997:215 y 220.
12. Gaupp R. El caso Wagner. Una catamnese, a la vez que una aportación a la enseñanza de la paranoia (1920). En: Álvarez JM, Colina F. Clásicos de la paranoia. Madrid: Dor; 1997:208-209.
13. Lacan J. Conferencias y conversaciones en universidades norteamericanas. Nov-Dic 1975. U.S.A.: Universidad de Yale (dactilografiado).
14. Althusser L. El porvenir es largo. Barcelona: Destino; 1992:43.
15. Waag B. L'incendiaire-meutrier Wagner. (1913). En: Vindras AM. Louis II de Bavière selon Ernst Wagner, paranoïque dramaturge. París: E.P.E.L; 1993:143-180.
16. Gaupp R. Wom dichterischen Scheffen eines Geisteskraken. Jahrbuch der Charakterologie 1926; 2-3: 199-225(p.199).
17. Gaupp R. Die dramatische Dichtung eines Paranoikers über den Wahn. Zeitschrift für gesamte Neurologie und Psychiatrie 1921; 69: 182-210.
18. Vindras AM. Ernst Wagner, Robert Gaupp: un monstre et son psychiatre. París: E.P.E.L. 1996:83-103.
19. Gaupp R. Krankheit und Tod des paranoischen Massenmörders Hauptlehrer Wagner. Eine epikrise. Zeitschrift für gesamte Neurologie und Psychiatrie 1939; 163: 79.
20. Gaupp R. El caso Wagner. Una catamnese, a la vez que una aportación a la enseñanza de la paranoia (1920). En: Álvarez JM, Colina F. Clásicos de la paranoia. Madrid: Dor; 1997:225.